

ESPACIO ANIVERSARIO:

50 años IDEC

40 años Revista Tecnología y Construcción

Henrique Hernández: una entrevista inédita de 1989

Arq. Gustavo Flores

Arquitecto. (UCV, 1973). Honorary Research Associate. Portsmouth Polytechnic, Inglaterra. 1975. Profesor Agregado. Adscrito al IDEC-FAU-UCV. Áreas de investigación: Teoría y métodos del diseño arquitectónico, Historia y crítica de la arquitectura moderna.

Hace 21 años, luego de habersele conferido a Henrique Hernández el Premio Nacional de Arquitectura correspondiente a 1988, la Revista del Colegio de Arquitectos de Venezuela me solicitó que le hiciera una amplia entrevista, la cual sería publicada en una próxima edición.

La entrevista se realizó exitosamente y aunque no fue grabada, tomé extensas notas durante su realización. Lamentablemente, la Revista del Colegio de Arquitectos desapareció y la entrevista no fue publicada. Todos estos años conservé esas notas con la esperanza de que algún día pudieran convertirse en un escrito. Ahora que Henrique no está más con nosotros, creo que es mi obligación retomar esos fragmentos y tratar de reconstituir la voz de Henrique Hernández que sigue allí con toda su impetuosidad, convicción y honestidad.

La entrevista se realizó en la pequeña oficina de proyectos que en ese entonces tenía Henrique en Parque Central. Para mi sorpresa, lo primero que hizo antes de comenzar fue invitarme a tomar un whisky, y ese gesto rompió el hielo inicial y marcó el desarrollo de la conversación, la cual se realizó de una forma muy distendida, muy relajada y a la vez muy precisa y centrada en los tópicos que previamente habíamos acordado.

A continuación trataré de retomar el discurso de Henrique en primera persona del singular y como éste es un ejercicio de rememoración, pido excusas anticipadas por los baches en mi memoria, por las notas que no fueron tomadas y por las fallas en la transcripción. Aquí va el texto:

1. Formación

Yo provengo de una familia muy modesta, de religión protestante, aunque pienso que eso no tuvo mucho que ver con mi forma de ver las cosas. Estudié en escuelas públicas, pero eso sí, de una gran calidad. Desde el principio fui expuesto a valores como la solidaridad, la honestidad y el respeto a los demás. Creo que mi educación en general tuvo una tendencia ética. Recuerdo con especial cariño mi escuela, la Escuela Artigas y a mi maestra Belén Sanjuán. Esa educación estaba basada en el esfuerzo propio, relacionada con nuestro medio, ligada a nuestra realidad. Allí aprendí también que la disciplina depende de nosotros mismos. Podría decir que la tendencia de esa educación era una especie de “purismo”: actitud ética; interés por la investigación, por la belleza y por la verdad.

Como mis capacidades deportivas eran muy limitadas, opté por una formación artística. La escuela me llevó a ver el arte como un antídoto

frente a las dificultades de la vida. Mi interés por el dibujo me permitió posteriormente obtener algunos ingresos, trabajando en dibujo publicitario con compañeros dibujantes tan queridos como Luis Domínguez Salazar y Abilio Padrón. Años después me di cuenta, –gracias al Maestro Charles Ventrillon– que el dibujo no es un don, que el dibujo se aprende y cuesta mucho aprenderlo.

2. La Universidad

Estudié arquitectura en la Universidad Central de Venezuela durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Esa fue la época inicial de la Facultad de Arquitectura. La situación era muy difícil, con una constante tensión entre el movimiento estudiantil y la represión del gobierno. Cuando se celebró en Caracas la Conferencia Interamericana, con la cual se inauguró el Aula Magna, el Ejército tomó la Ciudad Universitaria. Eso sucedió en época de exámenes. Nosotros nos negamos a presentarlos y luego a pagar los exámenes de reparación. La intercesión del decano Willy Ossott permitió superar el conflicto. Ossott era un hombre con una personalidad fuerte y carácter firme. Pienso que él se plegó a la dictadura en beneficio de la Universidad. Transigió, llegó a ser Vicerrector y creó la Facultad.

En esa época existían en la Facultad dos grupos bien definidos. El grupo fundador de orientación Beaux Arts, academicista y cuya figura dominante era Luis Malaussena. Villanueva perteneció inicialmente a ese grupo, aunque en el momento del cual hablamos se hallaba totalmente volcado a la construcción de la Ciudad Universitaria, realizando la síntesis característica de su época madura. El otro grupo estaba conformado por arquitectos jóvenes que acababan de regresar de Estados Unidos, con una formación dentro de la ortodoxia del Movimiento Moderno. Gente como Tomas Sanabria, Julián Ferris, Diego Carbonell y Juan Andrés Vegas.

Contra esa arquitectura importada, ajena y opulenta, nos colocábamos un grupo de estudiantes, cuyo motor era Fruto Vivas, y que propugnábamos una arquitectura nacional y popular. Obviamente, había un desfase entre lo que era el país en ese momento y la arquitectura que llegaba del extranjero, ultramoderna y rica. En general había un rechazo a ese tipo de arquitectura y el Decano Ossot nos dio su apoyo.

Nuestra posición consistía en oponernos a esa arquitectura dominante. Resolver los problemas arquitectónicos de nuestros países con creatividad y apoyo tecnológico. Realizar un aporte propio. A los estudiantes nos correspondía realizar esa transformación.

Mi graduación de arquitecto coincidió con la caída de la dictadura y el inicio de la etapa democrática. Un grupo grande de graduados pudo hacer postgrados en Europa, gracias a las becas que daba la Universidad. En ese momento todo el mundo quería estudiar urbanismo. Yo estaba

más interesado en las experiencias de la reconstrucción europea y en la industrialización de la construcción. Fui a Birmingham y a Nottingham, en Inglaterra y establecí los primeros contactos con el grupo CLASP de construcciones escolares, con quienes años después realizaríamos un trabajo conjunto muy importante en el IDEC.

3. El Banco Obrero y el IDEC

La creación del grupo de Diseño en Avance en el Banco Obrero se produjo gracias a la comprensión y al apoyo de gente como el doctor Leopoldo Martínez Olavarría, quien tuvo la capacidad de entender lo que se estaba planteando en ese momento: la transformación del proceso de diseño de las edificaciones, la introducción de la construcción industrializada y la utilización de la tecnología constructiva más avanzada disponible en el país en ese momento. De estos aspectos se ha hablado y escrito mucho, pero se ha hablado y escrito menos de los trabajos de investigación que se realizaron, de la introducción de la sociología en el campo de la construcción y del estudio de las aspiraciones de los venezolanos hacia sus viviendas.

Los años sesenta fueron muy difíciles políticamente. La situación era muy dura y mucha gente se fue a la militancia de izquierda. Había una situación doble: había guerra y había normalidad. Pero a pesar de las dificultades se hicieron muchos avances en el Banco Obrero y en la Facultad de Arquitectura, en el Taller Villanueva, donde el doctor Villanueva nos dio todo su apoyo y estímulo.

En 1969 se produjo el Movimiento de Renovación en la Facultad de Arquitectura y en toda la Universidad. Era evidente que el país requería menos enfoques. Nuestra salida del Banco Obrero fue simultánea a la ruptura que representó la Renovación en la Facultad. La Renovación fue a la vez una necesidad y una oportunidad. Nuestro regreso a la UCV estuvo condicionado a que se hiciera investigación en la Facultad. Después de varios años de trabajo en un pequeñísimo grupo de investigación, apoyado por el CONICIT, dedicado al estudio de la aplicación de las Teorías de Sistemas en la producción de edificaciones y a la realización de experiencias docentes piloto, se produjo en 1975 la fundación del IDEC.

El proyecto del Instituto se realizó en tres meses y afortunadamente contó con el apoyo irrestricto de los Decanos Eduardo Castillo y Américo Faillace.

La creación del IDEC coincidió con el súbito aumento del ingreso nacional por el alza en los precios del petróleo. En esa época de abundancia de divisas era fácil pensar que con tantos recursos, la transformación del país era posible. Había una situación objetiva favorable al cambio. Se emprendió así un conjunto de proyectos ambiciosos y arriesgados, tales como la construcción del Edificio de Tránsito de la UCV, el Tecnológico de Yaracuy y el proyecto CONICIT-IDEC-CLASP. Estos proyectos eran desproporcionados en relación al pequeño grupo inicial. Los altos riesgos creaban una gran tensión que puso en peligro hasta la salud de muchos. Afortunadamente, salimos adelante gracias al trabajo intenso

del grupo fundador, a la fuerza de la convicción y la disposición personal de todos.

4. El Premio Nacional de Arquitectura

Yo creo que no hay que pararle mucho al Premio. Hay que darle su justo valor y aceptarlo. Rechazarlo sería una actitud estridente y contraproducente: le daría más valor que el que tiene. Hay que tomar en cuenta al jurado que lo otorgó. Hay que reconocer que no es el premio a una obra única, sino a una trayectoria. Pienso que el premio puede ayudar, pues tiene un valor didáctico. Es el reconocimiento por parte de la sociedad a una visión de la arquitectura que no es la convencional.

5. Consideraciones finales

Ser autor no es lo más importante. El trabajo colectivo es la única forma de afrontar los problemas sociales. El enfoque de conjunto y la transformación de la organización del diseño no niegan el aporte personal, ni el liderazgo. Quien dirige orienta. Hoy en día no se deben imponer las cosas que se hacían en los años sesenta. Las cosas no se deben congelar. La visión de las cosas varía y también los intereses. Yo no creo en “esencias”. Hay que cambiar, eso enriquece.

Mi trabajo profesional más reciente es más individual y más dirigido a obras únicas. Yo he querido tomar ese reto. Decir que yo también puedo. Eso produce otro tipo de satisfacción. El énfasis en lo masivo no niega la existencia de lo otro: la obra única con valores formales y representativos. Se pueden hacer las dos cosas.

Últimamente se ha producido una arremetida contra el servidor público. Hay que rescatar el valor extraordinario de la obra de nuestros médicos sanitarios, Gabaldón, Pífano, Castillo y Convit. También, hay que enaltecer el trabajo extraordinario de gente como Leopoldo Martínez Olavarría y Carlos Raúl Villanueva, cuyas condiciones económicas les permitieron ofrecer todo su talento al país, y que trabajaron como asalariados.

Pero también, en el sector privado hay personajes que se arriesgaron en momentos difíciles. Hay que rescatar la labor de industriales como los hermanos Tamayo en el Estado Lara que combinaron ciencia y agricultura en la producción del sisal y la caña de azúcar. O la labor del arquitecto Jorge Romero Gutiérrez que fue a la vez promotor inmobiliario, proyectista, constructor y creador de la Revista *Integral*. O los hermanos Roffé con la librería, galería y Revista *Cruz del Sur*.

Creo en la hidalguía del venezolano, en su sobriedad, producto de nuestra pobreza. En su lucha contra las injusticias.

Creo en la solidaridad y en la amistad, más que en las cosas transitorias.

Quiero seguir teniendo proyectos. Pienso que la coyuntura actual es positiva.

Las circunstancias difíciles siempre existen. El reconocimiento en vida es escaso. He tenido el privilegio de haber contado con la colaboración de mucha gente.